

Vásquez o la ficción sin ficción

El autor colombiano narra la vivencia revolucionaria de un cineasta descendiente de exiliados españoles

IÑAKI EZKERRA



ILUSTRACIÓN
IVÁN MATA

Ha y familias a las que la política ha marcado como un hierro candente o como un vendaval que entró por la ventana arramblando con las cortinas, los muebles y sus propias vidas. El motivo debe de ser más hondo que la experiencia de esa clase de acontecimientos violentos que acarrea la Historia de un país o una sociedad. Y probablemente resida en el arraigo de un fuerte adoctrinamiento ideológico que modela a sus miembros. Hay familias que han padecido en sus carnes guerras, persecuciones, encarcelamientos y fusilamientos, pero que se han sabido sustraer de estos sin que la fidelidad al recuerdo de su infortunio les impidiera después retomar una

existencia normal, mientras otras parecieran, en cambio, hallarse condenadas a relevarse generacionalmente en la asunción de una causa política y un destino dramático: el bando perdedor en la Guerra Civil española, los terrorismos de la década de los 60... Es ese el caso de la historia que cuenta el escritor colombiano Juan Gabriel Vásquez en 'Volver la vista atrás', una novela cuyo personaje central está tomado de la vida real y no es otro que su compatriota y amigo, el cineasta Sergio Cabrera.

Estamos ante alguien que posee una biografía ciertamente singular que redondea el perfil de ese grupo generacional que abrazó la violencia revolucionaria en Lati-



VOLVER LA VISTA ATRÁS
JUAN GABRIEL VÁSQUEZ

Editorial: Alfaguara.
Páginas: 476.
Precio: 19,90 euros.

noamérica en torno al emblemático año de 1968. Nacido en Medellín en 1950, no solo se alistó a los 19 años en la organización guerrillera de extrema izquierda llamada Ejército Popular de Liberación sino que antes, a los 16, había militado en el movimiento de los Guardias Rojos nacido en 1966 en la China de Mao para perseguir mediante los métodos más totalitarios a los sectores sociales reacios a la Revolución Cultural. Este insólito salto de la Colombia gobernada por el conservador Frente Nacional a la China maoísta se produjo en la existencia del protagonista gracias a la invitación que recibió su padre, Fausto Cabrera, para impartir unos cursos de español en Pekín. En realidad, 'Volver la vista atrás' es la historia de un fanatismo, y del modo en el que este puede llegar a marcar sombriamente la trayectoria de los seres cercanos a quien lo padece. La infausta sombra de Fausto planea sobre todo el libro y de manera especial sobre su hijo, que no dio un paso en su producción cinematográfica sin consultárselo. Sin embargo, dicha relación paterno-filial escondía unas inevitables tensiones que encuentran su expresión desde el mismo inicio de la novela y cuando el hijo, que ha viajado a Barcelona para recibir un homenaje, decide no sacrificar ninguna de las jornadas de ese calendario de reconocimientos para asistir al funeral de ese padre, que acaba de fallecer en Bogotá a los 92 años.

Ese viaje a España el cineasta lo aprovecha para intentar recomponer una relación conyugal rota así como para reencontrarse con Raúl, un hijo de un anterior matrimonio, y compensar la atención que no había podido prestarle hasta ahora. Pero, en las 475 páginas que tiene el libro, Sergio Cabrera no sabe explicar esa reacción, que sería más que comprensible, sino incluso se avergüenza de ella. Por el amplio, inconmensurable, relato que nos brinda una tercera persona omnisciente del modo en que las ideas del padre marcaron no solo a Sergio sino también a su hermana Marianella, el lector tiene un sobrado conocimiento de las razones que tendría ese hijo para que todo el libro fuera un sumarísimo ajuste de cuentas que, sin embargo, no se llega a producir, porque este flota en la abrumadora acumulación de los hechos y de la epopeya de la saga familiar.

En la 'Nota del autor' que cierra el libro, Vásquez aclara que esta es «una obra de ficción, pero no hay en ella episodios imaginarios». La verdad es que resulta innecesario ese empeño en llamar ficción a un texto excelentemente escrito, pero cuyo defecto es que de literario tiene muy poco y, de ficticio, nada.



TIENES QUE MIRAR
ANNA STAROBINETS

Trad.: Viktoria Lefterova y Enrique Maldonado. Edit.: Impedimenta.
Páginas: 184. Precio: 17,95 euros.

Emociones a flor de página

«Una cosa es inventar historias de miedo y otra muy distinta es convertirse en la protagonista de un cuento de terror». Es lo que relata Anna Starobinets (Moscú, 1978) en 'Tienes que mirar', la historia del embarazo truncado de su segundo hijo en el que las emociones y los sentimientos están a flor de cada página. Una tempestad íntima que la autora destila en primera persona con una escritura contenida, sin tremendismos, aunque sin hurtar la expresión del dolor intenso, ya de por sí suficientemente aterrador cuando se plantean preguntas casi insoslayables –¿Sufrirá? ¿Y si sobreviviera?...–. Una encrucijada ética que estará a punto de despedazarla.

La deliberación íntima que se le plantea cuando le informan de que el hijo que espera puede que apenas sobreviva unas horas al parto porque diagnostican una patología mortal en el feto representará un desafío brutal a su estabilidad psicológica. Como madre y como mujer. 'Tienes que mirar' es también una impugnación en toda regla de la deshumanización que experimentará en carne propia en su periplo por la sanidad pública de su país. El episodio en una clínica de trastornos neurológicos estremece.

Primera la negación, luego la furia, la consulta intoxicada en foros de interne –albanales de egos y vanidades fatuas–, y finalmente el viaje a Berlín para ponerse en manos de médicos alemanes, que dirigirán a una Anna rota y escindida entre el deseo maternal y la realidad objetiva, que intenta proteger de la pérdida a su hija, expectante ante la llegada de un nuevo miembro a la familia.

Anna Starobinets describe con un estilo directo, sin circunloquios, que llega hondo, –y airado en la denuncia del sistema sanitaria–, su particular descenso a los infiernos y el modo en el que se sobrepone al dolor y a la pérdida y genera su propia epifanía.

IÑIGO URRUTIA